

Silencio

Llama la atención el hecho de que en Alemania, transcurridos ya algunos días de la toma de Berlín y de la rendición de los ejércitos nacistas, no haya asomado en parte alguna, ni siquiera en el extranjero, un grupo de hombres o un individuo a quien los aliados puedan entregar, aunque sea en el papel de títere, el gobierno de la nación. Fuera de los militares y de los funcionarios del partido, deseosos de permanecer en sus puestos, no se ve por allá alma alguna que diga: yo soy antinacista; confíadme lo que queráis.

Este hecho singular se presta a las más variadas conjeturas. Se puede conjeturar, en primer lugar, que el nazismo destruyó en Alemania, por los medios que ya conocemos, hasta la última raíz de todo aquello que un día podría rebrotar en contra de él. Los campos de concentración descubiertos por los aliados, con sus cementerios de hombres vivos, pueden ser una prueba de esa conjetura. Se puede conjeturar, en seguida, que el pueblo alemán, al revés del italiano, del francés o del español, es un pueblo al cual, en diez o veinte años, cualquier tirano puede cambiar tan definitivamente que llegue a parecer más un rebaño que un pueblo. Porque, dígame lo que se diga, por más terror y por más presión que se ejerza sobre un pueblo, siempre habrá en él, aquí o allá, algunos hombres que, escondidos, en secreto, en lo íntimo de su conciencia en último caso, suspiren por la libertad y que, llegado el momento de respirar, respiren. En Alemania, cosa extraordinaria, nadie, hasta este momento, parece respirar. ¿Hasta qué terrible punto se acostumbraron a vivir como peces? Y finalmente se puede conjeturar que los días de terror no han terminado aun en Alemania. Quizá si el partido no ha desaparecido sino en apariencia y continúa existiendo, vigilante y amenazante. Quién sabe.

Cuando los aliados entraron a Italia, cientos de individuos, desde modestos obreros hasta grandes políticos y eminentes filósofos como Bene-



J-2

ñato Croce, se hicieron presentes. Armados, muchos de ellos ganaron batallas contra los fascistas e incluso terminaron ^{con} el ex-Duce; y no digamos nada de Francia, de Grecia, de Yugoslavia, de Checoslovaquia, de Rumanía, de Bulgaria. Sólo en Alemania, gran país poblado otrora de una raza inteligente y progresista, no se ha encontrado a nadie que diga o haga algo. Un silencio de campo de concentración se extiende sobre la tierra alemana.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©